

Los tres abandonos

El republicanismo español ante el totalitarismo, el autoritarismo y la monarquía parlamentaria

Three abandons. Spanish Republicanism faced with Totalitarianism, Authoritarianism and Parliamentary monarchy

Antonio GARCÍA SANTESMASES

Universidad Nacional de Educación a Distancia (Madrid)

asantesmases@gmail.com

DOI: <http://dx.doi.org/10.15366/bp2017.13>

Recibido: 25/01/2017
Aprobado: 15/02/2017

Resumen: Se plantea una revisión crítica, desde la perspectiva del exilio, del relato hegemónico según el cual el franquismo fue un régimen que, pese a sus comienzos totalitarios, evolucionaría después en un sentido democratizador hasta desembocar en la monarquía parlamentaria actual. Se distinguen así cinco etapas: 1939-1945, cuando el régimen se identifica con la Alemania nazi y la Italia fascista; 1945-1956, entre la esperanza de que los vencedores en la II Guerra Mundial propicien el fin de la dictadura, y la frustración de esta expectativa tras el establecimiento de bases militares

norteamericanas; 1956-1965, etapa en la que se canalizan importantes movimientos de protesta y se dibuja una oposición interior; 1965-1975, años en los que se agudizan las contradicciones del periodo anterior; desde la muerte de Franco hasta nuestros días, al hilo de la transición y su larga estela.

Palabras Clave: Franquismo, exilio, relato de nación, transición, memoria, olvido

Abstract: It is set out, from the perspective of exile, a critical review of hegemonic account whereby Francoism was a regime that, in spite of his totalitarian beginning, it would progress later to democracy and parliamentary Monarchy. This review is divided in four stages: 1939-1945, around this beginning; 1945-1956, between the hope to be helped by the victors of the II Mundial War and the frustration after the establishment in Spain of North American military bases; 1956-1965, when important movements of protest and opposition grow in Spain; 1965-1975, when the contradictions of the previous period are sharpened; from the Francos's die to the present, under the influence of Transition.

Keywords: Francoism, exile, national history, transition, memory, oblivion

La caracterización del franquismo como un régimen totalitario, emparentado con el fascismo y el nazismo durante los años cuarenta, convive con su definición como un régimen autoritario en el que se va produciendo una paulatina apertura democratizadora durante los años sesenta, hasta desembocar en una monarquía parlamentaria durante los años setenta. Este relato hegemónico en el mundo conservador tiene una gran relevancia de cara a entender los límites de la cultura política de la transición y de lo ocurrido con la tradición republicana.

Este proceso pasa por distintos momentos que intentaré analizar en esta exposición. Podríamos dividir la dictadura de Franco en las siguientes etapas:

En primer lugar, desde 1939 hasta 1945. Son los años de la II Guerra Mundial y el régimen se encuentra identificado con la Alemania nazi y la Italia fascista, aunque sin descuidar, a partir de 1942, una relación con Inglaterra que será de extraordinaria utilidad al terminar dicha guerra.

La segunda etapa podría enmarcarse de 1945 a 1956. Son los años de la esperanza, los años en los que el exilio intenta conseguir que los triunfadores de la II Guerra Mundial salden su deuda con la España republicana, o al menos propicien alguna fórmula que permita el final de la dictadura franquista; son los años en los se intenta un pacto entre socialistas y democristianos que incluye la aceptación de una monarquía parlamentaria. El régimen franquista, sin embargo, resiste y espera al inicio de la guerra fría. A partir de 1949, comienza a considerar que lo peor ya ha pasado y que es el momento de sacar partido a la situación geoestratégica de España.

Es en 1953 cuando la dictadura de Franco logra cumplir su objetivo, al pactar la presencia de bases militares en nuestro país. Ese periodo quedará jalonado con la visita de Eisenhower a España en 1959. Son años en los que comienza a surgir una oposición a la dictadura; en 1956 se produce la primera manifestación de estudiantes universitarios, hijos de vencedores y de vencidos, en contra de seguir anclados en los valores que habían llevado al triunfo de Franco en la guerra civil.

Ese tercer periodo podríamos situarlo entre 1956 y 1965. El 62 es un año importante porque se producen muchos acontecimientos de relieve en la vida del régimen y también de la oposición. Entre ellos el encuentro entre la oposición del interior y del exilio en Munich, las movilizaciones de los trabajadores en Asturias, la condena y muerte de Julián Grimau, el impacto del Vaticano II, la expulsión de la Universidad de Aranguren, Tierno y García Calvo en 1965, y la aparición de movimientos de contestación cultural en todo el país.

Pasamos así a la cuarta etapa, de 1965 a 1975, en la que incluiríamos la muerte de Enrique Ruano, los estados de excepción, el distanciamiento paulatino de la jerarquía de la Iglesia del régimen, la aparición de ETA, el proceso de Burgos, la Asamblea de Cataluña, el asesinato de Carrero Blanco, la revolución de los Claveles en Portugal, la aparición de la Junta Democrática, el Congreso de Suresnes del PSOE y el final de la dictadura el 20 de noviembre del 75.

A partir de este momento comienza la transición a la democracia, que algunos consideran finalizada con la aprobación de la constitución del 78 y otros con la llegada del PSOE al gobierno en octubre de 1982. No faltan los que piensan que la transición no concluye hasta el ingreso en la Comunidad Económica Europea en 1985 y el referéndum de la OTAN en marzo de 1986.

Así pues, cuatro etapas de dictadura y una de transición a la democracia en las que se va produciendo una evolución en la caracterización del régimen, tanto en la percepción que tiene de sí mismo como en la que se tiene desde el exterior. Intentemos precisar los elementos ideológicos que intervienen en cada una de estas etapas y mostrar cómo se viven desde el exilio.

1. Derrota en la guerra civil y II Guerra Mundial

Es difícil hacernos una idea desde nuestro presente de la división, el enfrentamiento y los conflictos internos que viven los derrotados en la guerra civil en los meses posteriores al 1 de abril de 1939. Los barcos que no llegaron a Alicante, los sucesos en Madrid durante marzo del 39, las desavenencias entre el Presidente de la República Manuel Azaña y el Presidente del gobierno Juan Negrín desde la caída de Cataluña en enero del 39... Todo ello dentro de una atmósfera de reproches mutuos sobre las responsabilidades acerca de las decisiones tomadas: ¿Debería haberse mantenido la resistencia a la espera de unir el conflicto español con el inicio de la II Guerra Mundial? ¿Era posible la resistencia? ¿Qué había ocurrido para que una gran parte de los socialistas, los anarquistas y los republicanos se posicionaran en contra de los comunistas y de Negrín? ¿Influyó decisivamente en la intensidad de estas desavenencias el papel de la quinta columna y la conexión entre el Coronel Casado y los servicios de espionaje británicos?

Son muchos los interrogantes que se han ido acumulando a lo largo del tiempo. El hecho es que en los meses y en los años posteriores a la derrota, los que pueden sobrevivir por marchar a Londres como Araquistáin o Negrín, o cruzar el charco como Fernando de los Ríos o Indalecio Prieto, comenzarán a preparar la acción política de cara al futuro y a buscar los caminos para que la causa de la democracia española no fuera olvidada.

Para captar la profundidad del drama basta con pensar en la evolución de Santiago Carrillo. Cuando es informado de que su padre ha colaborado con la Junta de Casado decide enviarle una carta donde rompe toda relación con él; no volverá a verle hasta que el PCE apruebe la política de reconciliación nacional en 1956 y Pasionaria le anime a recuperar una relación rota durante todos aquellos años. A Wenceslao Carrillo le quedaba únicamente un año de vida. Estábamos en 1957. El padre nunca

contestó al hijo aquella carta, ya que se dirigió directamente a Stalin como responsable de la evolución de su hijo. Baste resaltar igualmente los artículos de Luis Araquistain haciendo a los comunistas responsables últimos de la derrota de la República al haber actuado, a su juicio, movidos únicamente por los intereses estratégicos de la Unión Soviética.

En aquel mundo de recelos, conflictos y ajustes de cuentas, sobresale la posición de Julián Zugazgoitia y su obra *Guerra y vicisitudes de los españoles*. En este libro trata de analizar lo ocurrido con la mayor objetividad posible, evitando los juicios de valor apresurados y las descalificaciones personales. Es una obra que ha resistido el paso del tiempo por haber logrado profundizar en la tragedia. Perteneciente al sector prietista del socialismo, Zugazgoitia recuerda los errores ocurridos en la primavera del 36 al imposibilitar el sector mayoritario del socialismo el acceso de Prieto a la presidencia del gobierno. Crítica la intransigencia del sector caballerista y dice algo poco frecuente en muchas de las memorias que siempre intentan salvar la responsabilidad de cada uno. El problema estribaba en que era tal la fidelidad a las propias ideas y la seguridad en tener la razón, que el compromiso entre las distintas posiciones se hizo imposible.

Todos esperaban el momento en que pudieran explicarse y razonar los motivos de su comportamiento y someterse al juicio de los afiliados, pero ese momento nunca llegaría. El PSOE del exilio decidió que ese debate habría que celebrarlo en España una vez que se hubiera alcanzado la libertad. Los protagonistas de aquellas disensiones irían falleciendo y ese veredicto nunca llegaría a darse; no habría juicio ni sentencia. Todos habían fallecido; los que sobrevivieron quedaron desplazados por una nueva generación y su memoria se perdió, habitando a lo sumo los libros de historia.

Entre los historiadores sí tendrá desde fecha temprana magnífica prensa Juan Negrín. No así entre los militantes del PSOE. Habrá que esperar muchos años a que sea rehabilitado.

Dos sucesos marcarán aquellos primeros momentos de la larga vida del exilio. Si los comunistas reprochaban a los socialistas su apoyo a la Junta de Casado, los socialistas no dejarán pasar la oportunidad de recordar el pacto germano-soviético como muestra de los auténticos intereses de la Unión Soviética de Stalin. El apoyo incondicional de los partidos comunistas a la decisión de Stalin era una muestra indiscutible, a su juicio, de que los comunistas no eran de fiar; de que siempre estarían dispuestos a secundar los criterios de Stalin aunque ello conllevara la decisión de no resistir al nazismo.

A partir de la invasión nazi del territorio soviético esta percepción cambia, máxime cuando se produce el acuerdo entre Estados Unidos y la Unión Soviética para combatir al nazismo y al fascismo. Los partidos comunistas pasan entonces de desentenderse sobre el conflicto a intervenir con toda energía en la resistencia, lo cual provoca que se vayan diluyendo los debates y que todos esperen el momento de la victoria de los aliados para conseguir el fin de la dictadura de Franco.

¿Era imprescindible volver a la España republicana o había que buscar alguna fórmula de acuerdo que permitiera aglutinar al mayor número de fuerzas en contra de la dictadura? Besteiro había muerto en la cárcel de Carmona, Largo Caballero estaba en un campo de concentración y Azaña había fallecido el 3 de noviembre de 1940. En este contexto es Indalecio Prieto el que se hace con las riendas del socialismo español en el exilio, llegando a acuerdos con los distintos sectores enfrentados en el pasado y provocando el aislamiento de Juan Negrín.

Prieto consigue un mandato lo suficientemente amplio y flexible para poder atraer a los democristianos y a los monárquicos a un pacto que permita ofrecer a las cancillerías europeas y norteamericanas la garantía de que será factible una democracia estable en España. En definitiva, Prieto trata de que Don Juan apueste por una monarquía parlamentaria como la que imperaba en Gran Bretaña y en los países nórdicos, y como la que se iba a implantar en Holanda o en Bélgica tras la derrota del nazismo.

2. De la esperanza a la frustración (1946-1956)

Ese posible acuerdo quedaría descartado en el momento en que Don Juan de Borbón decide pactar con Franco la educación de su hijo en España. Al decir de los monárquicos que han estudiado el tema, el pretendiente fue informado de que a partir de la evolución de los acontecimientos en la Europa del Este, Inglaterra no pensaba seguir presionando al régimen de Franco. Si la retirada de embajadores no había provocado la caída del régimen, si los españoles no habían sido capaces de terminar con la dictadura, era un asunto interno de España en el que no correspondía inmiscuirse. Si las democracias habían abandonado a la República con la política de no intervención, este segundo abandono provocará una herida difícilmente curable entre los republicanos, al percibir que una vez más volvían a ser postergados. Y si el abandono es doloroso más lo es, si cabe, la legitimación del mismo; una legitimación que va a herir profundamente a los derrotados. Si la política de apaciguamiento ante Hitler había provocado la derrota de la República en la guerra civil, este nuevo abandono, fruto de la política de bloques, es inseparable una forma de entender el conflicto y de interpretar el pasado, que es insultante para los derrotados.

Los republicanos perciben que comienza a interpretarse el conflicto español como un drama anómalo, incomprensible desde una perspectiva europea; un conflicto secular fruto de la terrible intransigencia de un pueblo en el que las pasiones extremas siempre han inundado la vida colectiva; de un pueblo incapaz de una convivencia democrática. Ese esquema perdurará durante años y años: Europa acaba en los Pirineos, España nunca ha salido de las guerras de religión fratricidas, la intolerancia y el exterminio mutuo han sido siempre su norma. Es un pueblo de un gran corazón sin cabeza, donde la violencia incontrolada, no exenta de misticismo y de heroicidad, ocupa la vida colectiva. Sólo cuando uno se asoma a las páginas escritas por los exiliados se descubre el dolor profundo que tales juicios les causaban y se percibe la pertinencia, en esta ocasión, del ¡Ay de los vencidos!. Si en 1946-1947 el régimen hubiera caído, entonces los republicanos españoles hubieran sido presentados ante la opinión pública como héroes prematuros; como esos héroes que fueron abandonados por miedo pero a los que había llegado la hora de rendir homenaje. Algo de esto ocurrió con el entierro de Largo Caballero en París en 1946. El homenaje de todo el exilio y la solidaridad de los socialistas franceses mostraba el respeto y la admiración de los que sentían que España había sido abandonada una vez, pero que no podía volver a ocurrir lo mismo. Pero ocurrió. Llegó el pacto de Don Juan con Franco mientras los imperativos de la política de bloques y la terrible represión de los años cuarenta y cincuenta, provocaban un terrible miedo en la sociedad española. Todo era sigilo, cautela, medias palabras, oscuridad, como refleja admirablemente Enrique Tierno Galván en su obra *Cabos Suelos*. Estamos ante un miedo justificado por la ferocidad de la represión y que sólo comenzará a ser puesto en cuestión con la llegada de una nueva generación que defiende la posibilidad de acabar con la cultura de la guerra civil, y de levantar la losa que el régimen marcaba a sangre y fuego para remachar una y otra vez que nadie estaba autorizado a poner en cuestión la victoria y que quien lo hiciera debía atenerse a las consecuencias.

3. De la rebelión de los estudiantes a la expulsión de Aranguren y Tierno de la Universidad (1956-1965)

Con la generación del 56 se produce la emergencia de un mundo de estudiantes, hijos, como ellos mismos se autodenominaban, de los vencedores y de los vencidos que quieren acabar con la anomalía española, que consideran que igual que los europeos han logrado reconciliarse y vivir en paz, los españoles pueden encontrar un camino de entendimiento y de reconciliación. España no debe ser excluida de la Europa que se está construyendo. Es el régimen franquista lo que constituye un anacronismo en una Europa que ha dejado atrás las fórmulas del fascismo y del nazismo.

Son éstos los años en los que el franquismo necesita una nueva legitimación. Atrás quedan los años del nacional-sindicalismo y las defensas apasionadas de las políticas del eje. Ha llegado el momento de sacar partido a la relación con los Estados Unidos y de preparar el futuro. España es un reino; a su debido momento el dictador propondrá un sucesor que será ratificado por las Cortes franquistas, pero mientras la salud le acompañe, el Jefe del Estado no abandonará el timón de la nave ni permitirá la vuelta a los vicios de la democracia liberal, del pluralismo político y del parlamentarismo. Son todas ellas instituciones ajenas a la tradición española, que tiene fórmulas democráticas propias y superiores a la democracia liberal; instituciones como la familia, el municipio y el sindicato, que responden a la denominada democracia orgánica vinculada al auténtico sentir de los españoles.

En toda esta época el régimen se presenta como un Estado autoritario pero no totalitario. Franco evitó la victoria del comunismo en España y no fue beligerante en la II Guerra Mundial; es el aliado más fiel de Occidente, nunca bajará la guardia y siempre velará por la estabilidad del sistema, inculcando los valores del movimiento nacional a su sucesor, para que todo quede atado y bien atado en el futuro.

Pero para que esos principios tengan validez y para que esas instituciones tengan arraigo es imprescindible velar por el progreso económico y por la emergencia de una nueva clase media que no existió en los años treinta. El Estado se legitimará entonces por sus obras, por su capacidad técnica, por su esfuerzo por conseguir un desarrollo económico que saque a España del atraso.

Esta mentalidad será la que interiorizarán muchos de los altos cargos del régimen franquista, decisivos en la hora de la transición. No son los hombres de la oposición moderada al franquismo los que serán reconocidos por las urnas el 15 de junio del 1977 cuando se produzcan las primeras elecciones democráticas. Serán los jóvenes como Adolfo Suárez o Martín Villa y, en menor medida, los veteranos como Manuel Fraga o Laureano López Rodo los que encontrarán el apoyo de los electores. En realidad, los que se fueron distanciando del régimen, los que ayudaron a estudiantes y trabajadores en su lucha contra la dictadura, los que estuvieron en Munich en 1962 buscando la reconciliación con el exilio o buscando plataformas unitarias de la oposición en España, no tendrán el reconocimiento que merecían. Unos porque, como Ridruejo, mueren en 1975, en vida del dictador; otros porque, como Ruiz Jiménez, sufren la derrota electoral y otros porque aparecen caracterizados superficial e injustamente como unos franquistas incapaces de evolucionar, o convertidos al liberalismo de una manera interesada como es el caso de Laín Entralgo. Todos ellos sufrirán una mezcla de olvido y acoso, hasta el punto de que hay ocasiones en que parece que los únicos franquistas que había en España fueron los que dejaron de serlo antes de que muriera el dictador.

Uno de los elementos más peculiares de nuestra transición se cifra en este doble olvido: los republicanos abandonados en la noche de los tiempos y los antifranquistas moderados no reconocidos por las urnas ni por la historia posterior.

La fecha de 1962 es de extraordinaria importancia. En 1962 se casan los futuros reyes de España, se produce el encuentro de Munich entre la oposición del interior y el exilio, emerge un nuevo movimiento obrero, continúan las sesiones del Concilio Vaticano II. El papel de la Iglesia a partir de aquel momento será muy importante; pensemos en lo que significó que el Cardenal de Milán, que se había pronunciado en contra de la aplicación de la pena de muerte a Julián Grimau fuese elegido Papa. El régimen pensaba, y así lo dejaron escrito sus defensores, que cualquiera sería bienvenido menos Montini. Pero Montini fue elegido Papa y con ello se produciría un cambio muy relevante en la Iglesia española a partir de la elección del Cardenal Tarancón como Presidente de la Conferencia episcopal española. El régimen no quería ni podía renunciar a su condición de católico. ¿Lo era realmente, a partir de las doctrinas aprobadas por el Vaticano II?

Aquí se van a centrar las dos grandes disputas con la oposición moderada al franquismo. La tesis del régimen de que la democracia estaba bien para los otros pueblos europeos pero que el pueblo español estaba incapacitado para la misma había sido secundada y avalada, ratificada y legitimada, por la Iglesia española. El Vaticano les pedía abandonar ese apoyo y buscar una alternativa de futuro. La oposición supo aprovechar ese dilema y romper la unión entre el poder político y el poder religioso. El régimen no quería abandonar el autoritarismo y no estaba dispuesto a tolerar la oposición. Por ello era imprescindible aplicar medidas ejemplarizantes de oposición como el destierro a los de Munich o la expulsión de la cátedra a los que apoyaban a los estudiantes.

Nuevos referentes aparecían en el interior de España, mientras el exilio iba quedando atrás, aislado, intentando sobrevivir y a la espera de que antes o después le llegara su oportunidad. El exilio constata que tanto la generación del 56 como la generación del 68 se sienten mayormente interpeladas por lo que ocurre en Europa que por lo que tiene que ver con la guerra civil española. De alguna manera, eso provoca que muchos de nosotros, los que estudiamos un poco después en la Universidad (en mi caso del 71 al 75) fuéramos más marxistas que republicanos. Es verdad que estábamos impactados por un marxismo de tipo occidental, como el que estudiara Perry Anderson, al hablar de la aparición de una generación de pensadores marxistas más preocupados por que los antecedentes de Marx fueran Spinoza o Rousseau, Kant o Hegel, y por los complementos al marxismo en campos como la estética, la lingüística o el psicoanálisis, que por lo que había sido central en el marxismo clásico –los debates económico-políticos– al intentar conectar la teoría con la praxis.

En ese mundo que parece entreabrirse, personalidades como Aranguren y Tierno tendrán una gran relevancia. Son los años en los que el primero escribe acerca de la *Crisis del catolicismo* y participa en los debates entre *Cristianos y Marxistas*, y el segundo va a publicar su *Antología de Marx* y una de sus obras más leídas *¿Qué es ser agnóstico?* El intento de Aranguren por situarse más allá de la política, reclamando para el intelectual una independencia fuera de los partidos y el esfuerzo de Tierno por constituir un partido socialista del interior que superara la parálisis del socialismo del exilio, vienen a redundar en la tesis expuesta: el mundo que se mueve quiere superar los condicionantes de los años treinta; quieren aparecer como algo nuevo y distinto.

Esa percepción se acentuaba aún más con la emergencia de nuevos partidos y nuevos sindicatos que querían superar los alineamientos de los años treinta. Pensemos en el FLP, en la USO o en el propio nacimiento de Comisiones Obreras como un intento de crear un sindicalismo de nuevo cuño, que superara a los modelos clásicos de la CNT y de la UGT. Todo parecía propiciar un mundo en el que los referentes del exilio quedarán definitivamente olvidados.

Sin embargo, todavía quedaba una década de régimen franquista. Una década en la que se iba a recrudecer la represión del régimen hasta acabar con los fusilamientos de septiembre del 75.

4. De 1965 a 1975

Algunos de los elementos del periodo anterior se intensifican. Lo que había sido un periodo de luchas donde la ejemplaridad moral estaba encarnada en hombres como Ridruejo, que había acompañado a los estudiantes en la prisión en 1956, comienza a cambiar. El liderazgo moral pasa a los catedráticos expulsados mientras se produce un resurgir del movimiento obrero, del movimiento estudiantil y de la contestación de los sectores cristianos; sin olvidar la aparición de las primeras acciones de ETA y la constitución unitaria de la Asamblea de Cataluña.

Son años donde la represión se incrementa con los estados de excepción del 69 y del 70, y con la muerte de un estudiante que aparecerá como símbolo de toda una época, Enrique Ruano. Son años en los que se producirá una refundación del socialismo español a partir del congreso de Suresnes de 1974. Una refundación de una organización centenaria –cumple los 100 años en 1979– con la llegada de una nueva generación que va a disputar el espacio del socialismo a la dirección del PSOE en el exilio, a los que quieren reconstruir un socialismo del interior y a los que aspiran a una nueva organización territorial con la Federación de Partidos Socialistas de las distintas nacionalidades.

Dos hechos van a marcar el debate de aquellos años: la Unidad Popular en Chile en 1973 y la Revolución de los claveles en Portugal en 1974. Estos dos sucesos van unidos a un debate acerca de la teoría marxista del Estado, que había quedado marginado de las aportaciones del marxismo occidental pero que comienza a ser central en la izquierda europea. Me refiero al debate entre Ralph Miliband y Nicos Poulantzas acerca de la existencia de una teoría marxista del Estado, y a las aportaciones de Norberto Bobbio sobre si existía tal teoría y si cabía hablar de alguna alternativa a la democracia representativa.

Los sucesos de Chile habían conmovido a toda la cultura política de la izquierda europea de aquellos años. A los españoles exiliados todavía más porque para ellos lo ocurrido les recordaba todo lo vivido en la República y en la guerra civil. Los republicanos y los socialistas de los años treinta habían centrado sus reflexiones en la necesidad de encontrar una alianza sólida entre la clase media liberal y la clase obrera organizada, frente al sindicalismo anarquista antipolítico y frente a los republicanos conservadores. Con estos recuerdos, los sucesos de Chile venían a replantear si era posible la revolución de la mayoría, si cabía una vía democrática al socialismo, si la conquista de la hegemonía cultural podía evitar la previsible reacción militar.

El golpe de Pinochet era una terrible advertencia para eurocomunistas y socialistas mediterráneos, para los que pensaban en la unidad de la izquierda en Francia y para los que auspiciaban un compromiso histórico en Italia; y lo era también para los que en España apoyaban un Pacto por la libertad, que permitiera acabar con la dictadura e instaurar una democracia homologable a la instalada en los países europeos tras la II Guerra Mundial.

España se iba quedando cada vez más aislada. Hasta Portugal y Grecia terminaban con sus dictaduras. Sólo quedaba España, pero no se producía lo que los franquistas llamaban el hecho biológico. Franco terminaba su régimen aplicando los fusilamientos de septiembre del 75. La imagen de Pablo VI criticando públicamente las penas de muerte desde la plaza de San Pedro mientras las huestes franquistas, con la presencia del futuro rey al lado del dictador, decidían volver a convocar en la Plaza de Oriente a sus fieles, reflejaban el anacronismo de un mundo cada vez más aislado internacionalmente y abrían las incógnitas sobre todo lo que podía ocurrir. Autoritario o totalitario, el régimen terminaba como había empezado.

5. Memoria y olvido en la transición

Todo esto plantea el gran problema de qué ocurrió durante la transición con la memoria republicana, con esa memoria que había sido abandonada por las democracias con la política de no intervención; nuevamente postergada por los imperativos de la guerra fría y finalmente marginada en los años de la transición, al imponerse la fórmula monárquica.

Las cosas fueron de tal modo que, exceptuando el voto particular que presenta el PSOE en la comisión constitucional y que defiende Luis Gómez Llorente, poco se habló durante aquellos años de la República.

Algunos condicionamientos son decisivos para explicar este comportamiento. En primer lugar, la debilidad de la izquierda para forzar una ruptura democrática e iniciar un proceso constituyente. Esta debilidad hace que la alternativa se centre en aceptar una democracia recortada (en la que queden excluidos algunos partidos como el PCE) o en lograr la legalización de todos los partidos aceptando a cambio no poner en cuestión ni la unidad nacional ni la institución monárquica. Se ha escrito mucho acerca del pacto que lleva la legalización a la reunión urgente del PCE, en la que Santiago Carrillo proclama que, a partir de ese momento, su partido no hará cuestión de la institución monárquica. El problema no es monarquía o república sino dictadura o democracia, dirá y repetirá Carrillo durante aquellos meses y mantendrá durante años hasta su muerte.

Ese acuerdo entre Suárez y Carrillo facilita el proceso, pues es anterior a las elecciones del 15 de junio de 1977 y al primer parlamento democrático. El resultado electoral y sobre todo el éxito imprevisto de los socialistas, forzarán la necesidad de que aquellas cortes sean constituyentes. Algunos elementos condicionarán decisivamente el proceso. Es evidente que el recrudescimiento de la actividad de ETA hacía que la estrategia de tensión entre terroristas y golpistas no permitiera un debate sosegado sobre la forma de Estado, lo cual influiría decisivamente en la aprobación de la ley de Amnistía. La dificultad en aquellos momentos radicaba en conseguir que hasta los últimos presos de ETA abandonaran las cárceles, en un momento en el que la banda terrorista seguía matando. Hay una imagen magnífica de Enrique Tierno Galván en sus memorias, donde explica cómo iban llegando a la comisión constitucional para establecer un torneo retórico entre profesores acerca de las virtudes del nuevo texto, cuando fueron informados de que una vez más otro atentado de ETA invita a posponer cualquier reflexión. Era un imperativo acelerar la aprobación del texto constitucional.

Probablemente en ningún país del mundo se produzca un debate sobre un texto constitucional sin que haya condicionamientos. Pensemos en Alemania y en la dinámica de la política de bloques tras la II Guerra Mundial, con la división del país en dos. En el caso español, el terrorismo fue decisivo a la hora de limitar los debates y lo mismo sucedió con el debate acerca de la forma de Estado. El PSOE se empeñó en mantener un voto particular defendiendo su preferencia republicana; un voto particular que ha vuelto a ser recordado con motivo de la abdicación del anterior rey. Esta última se ha resuelto en junio del 2014 y la proclamación del nuevo rey ha tenido lugar con el acuerdo entre los dos grandes partidos (PP y PSOE) y con la negativa de Izquierda unida a secundar el pacto, al no asumir la posición que entonces mantuvo el PCE.

En todos estos debates se ha ido haciendo un balance de los años de la monarquía, para intentar neutralizar los efectos realmente nocivos para la institución de los comportamientos de los últimos años. En una situación de crisis económica, con un aumento terrible de la desigualdad social y un recorte de los servicios públicos, las imágenes de ostentación en la vida privada del anterior monarca y los negocios en su entorno familiar más próximo dejaron de ser un tema tabú. El monarca pidió perdón en público por su comportamiento y decidió dar un paso atrás para salvaguardar el futuro de la institución.

Las conductas privadas dejaron efectivamente de ser tabú, pero el debate sobre las ventajas de la monarquía o la república quedó arrumbado por un tema que adquiriría una mayor dimensión. Me refiero a las demandas del independentismo catalán. A partir de ahí se comenzó a hablar de partidos dinásticos que eran fieles al pacto del 78, frente a partidos emergentes y a partidos secesionistas. Entre los partidos dinásticos estaban el centro-derecha y el centro-izquierda. Es evidente que no son pocos los antiguos falangistas reciclados en la derecha que nunca fueron monárquicos, pero es todavía más evidente que situar en esta perspectiva al PSOE choca con su historia, por más que algunos hayan hablado impropriadamente de accidentalismo. Conviene por ello recordar la intervención de Gómez Llorente en la comisión constitucional.

Aquella intervención se basaba en la idea de exigir que fueran las Cortes las que votaran sobre la monarquía como forma de Estado. El partido socialista, al decir de Gómez Llorente, no podía aceptar como válidos las decisiones tomadas por el anterior Jefe del Estado, ni podía suscribir ningún tipo de legitimidad dinástica. Para los socialistas, la defensa de la República fue inexorable en los años treinta porque era la única forma de apostar en España por la democracia. Por lo demás, no cabía pensar en otorgar ningún privilegio a un ciudadano por razón de su linaje; los que no aceptan la soberanía del patrono en el taller tampoco podían secundar la soberanía del monarca sobre el conjunto de la sociedad. Por razones de democracia era preferible la forma republicana, pero –añadía el defensor del voto particular– hay sobradas experiencias históricas de compatibilidad entre un partido socialista y una monarquía parlamentaria. Por eso esta preferencia republicana no sería causa suficiente para votar en contra del conjunto del texto constitucional. Añadía también el defensor del voto particular que esta posición que hoy se tomaba no impedía que futuras generaciones fueran consultadas sobre el tema; entonces ello era posible y podía ser incluso deseable desde un punto de vista democrático.

Esta tensión dialéctica entre el compromiso asumido y las convicciones ideológicas de las que se partía era contraria a hacer de la necesidad fáctica virtud ética. Esto último es lo que ocurrió. Los sectores conservadores siempre reprocharon a los socialistas el haber mantenido el voto particular durante la comisión constitucional; consideraban que era fruto de un infantilismo pernicioso que a nada conducía.

Los dirigentes que triunfaron en 1979 en el congreso extraordinario del Partido socialista aprendieron la lección. A partir de ese momento ese pasado ideológico no se vuelve a reivindicar. No hay nada que aprender de aquel legado. Está enterrado y bien enterrado y esa fue la tónica hasta llegar a la primera década del siglo veintiuno. Surge aquí una nueva época de la que me gustaría decir algo para terminar este capítulo.

Durante años la transición a la democracia apareció como una transición ejemplar. Esa ejemplaridad venía avalada por muchos analistas europeos que habían llegado a hacer suyo el relato de dos Españas incapaces de convivir, condenadas al fratricidio y que no parecían dispuestas a asentar una democracia estable. Este relato de un pueblo tan irascible hacía que todos se sorprendieran de la capacidad de acuerdo, de convivencia, de entendimiento de aquellos que parecían predestinados a volver a repetir una guerra civil en cuanto se abrieran las puertas de la libertad. De ahí venían los constantes elogios a la capacidad integradora del monarca (Juan Carlos), a la pericia del presidente del gobierno (Adolfo Suárez) y a la clarividencia de un oscuro profesor de derecho constitucional (Torcuato Fernández Miranda). Todos ellos unidos al sentido patriótico del líder comunista (Santiago Carrillo), que había logrado encauzar a las masas trabajadoras hasta llegar a la aceptación del consenso constitucional.

Este discurso de la transición iba unido a una recomendación para los que quisieran imitar el modelo: se pudo lograr el acuerdo porque todos estuvieron dispuestos a ceder y a olvidar. No porque no recordaran, sino porque prefirieron echar al olvido.

Este enaltecimiento de una transición modélica comienza a cambiar cuando surge una nueva cultura. Una cultura que pone en primer lugar el imperativo de la memoria, un imperativo que haga justicia a las víctimas. Víctimas, en aquel momento, de la acción criminal de ETA y también de lo ocurrido en las dictaduras latinoamericanas del Cono Sur cuando comienza a plantearse la doctrina de que hay delitos que no han prescrito y no deben quedar impunes. El modelo español aparece de pronto puesto en cuestión y el olvido significa entonces que no se han juzgado los crímenes del franquismo; que se ha edulcorado la imagen del régimen que supuestamente nunca llegó a ser totalitario y que a lo sumo fue autoritario; y que no se ha querido recordar la conexión del monarca con el anterior dictador.

A este conflicto entre las interpretaciones de la memoria debemos unir la dificultad para resolver adecuadamente las demandas de la generación de los nietos de los vencidos en la guerra civil. El silencio de los hijos, de los que habían vivido en y con el miedo, se transforma en demanda de los nietos, que quieren saber, que exigen saber por qué ha habido desaparecidos y por qué no pueden darles una sepultura digna. Un problema dramático que sigue dividiendo a la sociedad y que espera respuesta. Una respuesta que no llegó con los gobiernos de Zapatero durante la primera década del siglo veintiuno y que sigue pendiente ante la absoluta insensibilidad del Partido Popular para resolver adecuadamente este problema.

Esta insensibilidad tiene una base ideológica que no podemos minusvalorar. No se trata sólo de indiferencia, de apatía, de desdén. Todo esto existe, pero hay algo más. El mundo liberal-conservador se ha hecho fuerte en su interpretación del siglo veinte. Al no aceptar que el actual régimen democrático tenga su antecedente en la experiencia de la II República, trata de enaltecer, embellecer y enmascarar la monarquía de Alfonso XIII y de hacer hegemónica una interpretación de la República caracterizándola como un proyecto que bebía de un jacobinismo excluyente y propiciaba un radicalismo intransigente; en definitiva, vinculado al totalitarismo.

No es un problema sólo de desaparecidos. No cabe duda de que ese es el problema más relevante, pero tiene que ver con que ha desaparecido de nuestra cultura política el legado republicano. No tenemos sino que comparar la fuerza, la vitalidad, el carácter transversal y masivo del independentismo catalán a la hora de apostar por la secesión y contrastarlo con el carácter minoritario y marginal del republicanismo español y de la apuesta por una tercera república. El legado republicano, abandonado por las democracias y la política de no intervención durante la guerra civil, por los imperativos de la guerra fría al producirse los acuerdos militares con los Estados Unidos en los años cincuenta, vuelve a ser abandonado por tercera vez en la transición, para estabilizar la democracia en España en los años setenta. Tres heridas, pues, en el cuerpo del republicanismo. Tres heridas que han marcado nuestra historia y que nos dicen mucho de nuestra democracia actual. La tercera es quizás la más dolorosa porque ni se sabe ni se quiere saber nada de aquel legado, como si haber roto el hilo de nuestra continuidad no tuviera relevancia. Es por ello que Azaña como símbolo de la cultura republicana es el gran ausente de la transición. No se conoce su pensamiento ni se reclama su legado, se le cita a destiempo y no se profundiza en las luces y en las sombras que supo ver como pocos en aquellos convulsos años. ¿Cuanto tiempo durará este olvido?

La democracia española y la democracia europea tienen una deuda pendiente con esa cultura republicana. Mientras no la saldemos, no podremos vivir con sentido nuestra propia democracia. Sin memoria no hay identidad y sin identidad es imposible que una nación pueda tener futuro.